

que la autora concede a este tipo de argumentaciones, sin que pueda “probarlo” en forma clara con las fuentes; habría que preguntarse más sobre el posible desfase que puede haber entre los discursos que se hacen sobre las funciones de control de la institución y las posibilidades reales de proceder en este sentido, habría que interrogar la distancia entre lo ideal y lo “real”. Habría también que realizar una lectura menos ingenua de las reglamentaciones institucionales, legislativas o administrativas. Las aspiraciones que se reflejan en los discursos de las elites (médicas, sociales, económicas) no obran de suyo en la realidad.

¿Será posible pensar que el hospital sí ayudó a personas pobres enfermas, desvalidas durante sus siglos de historia? ¿Es posible creer que es necesaria y deseable la institución? ¿Es posible valorarla en su justa medida? Porque si se toma al pie de la letra lo que la obra pretende mostrar, ese lado oscuro y represor del hospital como institución de control, se olvida que es también un sitio de recuperación, de cuidado, de curación y de vida.

Adriana María Alzate Echeverri

## Las infancias que vivimos

### *Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia*

PATRICIA LONDOÑO VEGA Y SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ (INVESTIGACIÓN Y CURADURÍA)  
Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República (catálogo de la exposición), Bogotá, 2012, 194 págs, il.

EL SIGLO XX fue llamado el siglo de la infancia. El siglo XXI lo seguirá siendo en la medida que los graves problemas que la afectan pervivan y que nuestra conciencia sobre su necesaria solución aumente. La exposición “Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia” inaugurada en octubre de 2012 en la Biblioteca Luis Ángel Arango, ha constituido un hito en la cultura de nuestro país. No se había intentado hasta ahora darle la relevancia merecida a la historia

de la niñez. Su realización debemos interpretarla como parte del esfuerzo institucional por promover la reflexión sobre el lugar que los niños tienen en nuestra sociedad. Ángela Pérez Mejía, subgerente cultural del Banco de la República, la explicó el día de su inauguración como una oportunidad para pensar el concepto que tenemos de infancia y transformarlo en uno más activo, que nos sirva para cuestionar las condiciones de inequidad que viven los niños.

Si uno de los hechos más inquietantes de nuestra cultura ha sido la invisibilización de la infancia, esta exposición nos la recupera, nos la recuerda, en toda su diversidad y complejidad. Patricia Londoño Vega y Santiago Londoño Vélez los curadores de la exposición, realizaron un trabajo extraordinario de recuperación de fuentes, objetos y escritos que informan de las vivencias y representaciones de la infancia en la historia del país. El catálogo que acompaña la exposición es un documento de gran finura editorial, que despierta el interés en cuanto se repasan sus páginas. El desarrollo del estudio es cronológico, extendiéndose desde la época prehispánica hasta casi mediados del siglo XX. Las citas insertadas en el texto y la bibliografía demuestran un amplio conocimiento de la literatura histórica que trata el tema. Pero lo que de manera inmediata resulta más atractivo es el rico repertorio de imágenes que son mucho más que su ilustración. Digo esto porque las imágenes están debidamente comentadas en el texto, porque poseen un valor explicativo por sí mismas. La variedad y diversidad de fuentes reunidas llama la atención: pintura, fotografía, memorias, cartas, cartillas, manuales de higiene y alimentación, trajes, juegos, etc. Muchas de estas piezas pertenecen a museos y bibliotecas públicos, pero también otras forman parte de colecciones privadas.

Si la historia de la infancia es, en buena medida, la de su representación, en el catálogo encontramos que se trata de un hecho moderno. Algo que ya había advertido Philippe Ariès en sus intuitivos estudios. Si en la época colonial son pocas las imágenes en las que los niños y las niñas aparecen solos, en los siglos XIX y XX aumentaron

de manera extraordinaria. Además, los niños de las pinturas dejaron de ser adultos en pequeño; cambio al que contribuiría el que ya no se los vistiera como adultos, sino con trajes concebidos para su edad.



El catálogo está organizado en tres capítulos. El primero trata de la época colonial. En él se analiza un hecho incontestable, la calidad de la infancia dependía de la condición étnica. Así, fue muy distinto ser niño indígena, mestizo, esclavo o blanco. La colonial fue una época, además, en la que tuvo especial significación la condición de la legitimidad. Ser niño ilegítimo, es decir, nacido de una relación al margen del matrimonio, imprimía una marca indeleble y causaba una vida de marginamiento. Sin embargo, lo más significativo es el hecho de que casi toda la representación de la infancia de la época colonial es religiosa. En muchas ocasiones, es en la figura del Niño Jesús o de los ángeles en la que encontramos la representación de la infancia. En el segundo capítulo, titulado “Párvulos decimonónicos”, se contrastan realidades dramáticas que vivían los infantes, con los inicios de la construcción de las modernas disciplinas médicas y pedagógicas que se ocuparían de la infancia. El catálogo nos descubre los niños vestidos de soldados en las guerras civiles del siglo XIX, convertidos en trabajadores de los campos y las ciudades y conformando “los miserables” de la capital. Pero, a la par de estos hechos, en Colombia ocurrió un lento, aunque sostenido, proceso de escolarización de los infantes. Los métodos prevalentes para la formación de buenos ciudadanos fueron la memorización y la repetición. El miedo al castigo era una constante en las aulas de la

época. Parte importante de la vida escolar era dedicada a inculcar buenos modales de comportamiento. Con todo, a finales de siglo primaría una visión romántica de la infancia. Los pintores y los poetas exaltarían la infancia como la edad de la inocencia y la felicidad. Esta visión positiva y optimista de la infancia tenía que ver más con los triunfos de la ciencia que con la tradicional imagen cultivada por la religión.

El tercer y último capítulo del catálogo trata un amplio conjunto de temas. Un hecho, en extremo significativo, fue el de la medicalización de la infancia. El surgimiento de la Pediatría como una rama particular de la medicina tuvo un efecto inobjetable en la sociedad. Impulsó la higiene, la lactancia materna y la puericultura. El terrible drama de la alta mortalidad infantil cedió paulatinamente, en especial en los centros urbanos. Las cartillas, manuales y salas-cunas que se crearon en la época mejoraron la condición de los infantes. Otro aspecto que tuvo notable desarrollo fue el de la ampliación del universo escolar. La mayor novedad fue la educación de las niñas, junto a una crítica creciente contra el castigo escolar. Al parecer, los métodos variaron poco, pero sí se incluyó la educación física. Preocupados por la escasa talla de los niños, se insistió en que la gimnasia y el ejercicio físico al aire libre fortalecían el cuerpo y la moral. De otro lado, surgieron instituciones de caridad para socorrer a la infancia abandonada, a la vez que el Estado creó centros correccionales para castigar a los menores delincuentes. Aunque ellos nunca acabaron con la cantidad de niños que deambulaban las calles (que en el caso de Bogotá serían llamados “chinos” o “gaminés”) o los que se empleaban como vendedores de prensa o lustrabotas. A la par de estas expresiones sociales de la infancia, se consolidó el moderno sentimiento hacia la infancia. Un sentimiento que emerge en el seno de la familia burguesa y coloca en el centro a los niños. Los fuertes sentimientos desarrollados hacia ellos se verían reflejados en diversidad de pinturas y fotografías que los presentan elegantes y en primer plano. Pero también son apreciables estos sentimientos en la promoción de las nuevas industrias

de vestido y juguetería infantil. A estos hechos debe agregarse la aparición de una literatura destinada a los niños. Cancioneros, fábulas y tiras cómicas fueron algunos de los géneros más populares.

El catálogo de la exposición “Los niños que fuimos” concluye con la afirmación de que la infancia es memoria. Efectivamente, es lo que parecería haberse consolidado. En la segunda mitad del siglo XX un sinnúmero de personas se ocuparon de contar su infancia. Las memorias de infancia son diversas, y aunque en ellas se privilegia el relato feliz, hay quienes confiesan los sinsabores vividos por muchos niños del campo y la ciudad. La reciente publicación del libro *Memoria por correspondencia* (2012) de Emma Reyes nos confirma ese circuito de retorno a la infancia, así esta haya sido infeliz. De todos modos, las imágenes y objetos presentes en la exposición y en el catálogo disparan la memoria de cada persona. Provocan el viaje personal a la propia infancia, casi siempre con cierta nostalgia. Al observar las cartillas, los cuadernos, las muñecas, los caballos de madera, los triciclos, los vestidos, se rememoran las emociones más sensibles de esta edad olvidada, pero no perdida.

“Los niños que fuimos” cubre un lapso de tiempo sumamente amplio. Como he dicho lo hace con rigor analítico y con el apoyo en un importante material iconográfico. Mucho del cual por primera vez es divulgado en el país. Así, la elaboración de la exposición y el catálogo debieron significar un gran trabajo para los curadores. No obstante, cabe preguntarse si el periodo prehispánico no merecía un poco más de atención. Es cierto que no se cuenta con tantos estudios como los hay para las etapas siguientes de nuestra historia. Pero con base en las representaciones de la infancia en cerámica y orfebrería con que contamos, se hubiera podido organizar un pequeño apartado de mayor relevancia. Más llamativo resulta el que se prescindiera del tratamiento de la infancia colombiana en la segunda mitad del siglo XX. ¿Se quiso dar a la exposición y al catálogo un carácter absolutamente histórico? La verdad es que de alguna forma los problemas de la niñez en la segunda mitad del

siglo XX ya se prefiguraban en los decenios anteriores. Solo que ahora se presentaban con mayor gravedad. A los tradicionales fenómenos del abandono y la vagancia infantil le siguieron los de la prostitución, la delincuencia y la drogadicción. El límite de la problemática infantil la ha presentado su incorporación a los grupos armados. Mas no olvidemos, que en 1968 fue creado el ICBF para socorrer la niñez desamparada. Ligada a esta institución nos aparece el complejo problema de la adopción internacional de los niños y niñas colombianas. A pesar de todos estos factores, es posible advertir que el siglo XX finalizó con una mayor comprensión y afectividad hacia la infancia. Ya entonces el castigo y la sevicia eran rechazados con vehemencia. De alguna manera —como lo pedía Rousseau— los niños se habían convertido en el centro de la vida familiar de amplias capas de la sociedad colombiana.



No cabe duda que la exposición y el catálogo “Los niños que fuimos” constituyen una novedad y un acierto. Son el resultado de una indiscutible sensibilización de nuestra sociedad hacia sus infantes. Patricia Londoño Vega y Santiago Londoño Vélez han rescatado las huellas de esa sensibilidad, que fueron produciendo pintores, poetas, fotógrafos, pedagogos, pediatras y juristas. Fragmentos que les han permitido trazar la ruta de la conformación de nuestra cultura infantil. Y lo han hecho en un momento en el que el país parecería tomar conciencia definitiva de los graves problemas que

aún aquejan a innumerables niños del campo y la ciudad.

**Pablo Rodríguez Jiménez**

Profesor titular, Universidad  
Nacional de Colombia

## El agua y las obras públicas en la Bogotá del siglo XVIII

*Entre el acceso y la circulación  
Agua y gestión de obras  
hidráulicas en la ciudad  
de Santafé (1757-1810)*

NELSON FERNANDO GONZÁLEZ M.  
Universidad de los Andes, Colección  
Prometeo. Maestría, Bogotá, 2011,  
201 págs., il.

EL TRABAJO de Nelson Fernando González corresponde a su tesis de maestría en Historia de la Universidad de los Andes. Se trata de un interesante análisis sobre un tema crucial: el acceso y la circulación del agua en Santafé a finales del periodo colonial. En esa medida es un trabajo que aborda un tema muy poco tratado en la historiografía nacional y que puede dar muchas luces sobre los procesos de formación de las ciudades y la forma en que resolvieron problemas tan cruciales para la población como este. El objetivo general que se plantea la investigación es analizar las formas de acceso al agua y los procedimientos mediante los cuales se gestionaron algunas obras hidráulicas en Santafé durante la segunda mitad del siglo XVIII. Se quiere también avanzar en la comprensión de la forma en que se fue construyendo el concepto de lo “público” en el marco de los cambios que se estaban dando a raíz de las reformas borbónicas.

Para desarrollar una investigación como esta, el autor se ve limitado en gran medida por sus fuentes, de modo que le toca acudir a la información que pueda conseguir de forma indirecta. El principal obstáculo que se señala es la inexistencia de archivos del cabildo de Santafé, que hubiera sido la fuente más adecuada para el tema. Sin embargo, esta dificultad se

logra subsanar parcialmente acudiendo a un interesante libro publicado en 1897 por José Segundo Peña, quien hizo una verdadera historia de las obras de infraestructura que tenía Santafé desde tiempos coloniales relacionadas con el agua, titulado *Informe de la Comisión Permanente del Ramo de Aguas*, donde, además de contar cuáles habían sido las principales obras emprendidas en la ciudad en tiempos coloniales, se hizo una recopilación de documentos que le resultó muy útil al autor. Además de esto, se usaron textos de viajeros que recorrieron la región en el periodo de estudio, documentos del Archivo Distrital de Bogotá y de algunos fondos del Archivo General de la Nación. Así se pudo subsanar en parte la ausencia de los documentos del cabildo.



El periodo que se escogió tiene que ver con la idea de que las reformas borbónicas tuvieron algún impacto en la gestión del agua en la ciudad. Esto relacionado con las ideas de higiene y organización urbana que se estaban imponiendo por parte de los gobiernos ilustrados. No obstante, la fecha emblemática con la que se inicia el estudio es 1757 y el autor nos explica que se tomó este hito debido a la puesta en funcionamiento de una de las obras más importantes del periodo, el acueducto de Aguanueva. El estudio termina medio siglo después, tomando la fecha de 1810 como año de corte por ser el final del régimen colonial. En esto, hay que señalar que puede haber una inconsistencia, ya que es mejor tomar un mismo criterio (ya sea técnico o político) para establecer el inicio y el fin del periodo que se estudia. Tal vez el autor podría haber delimitado de otra forma su investigación. No obstante, parece haber cierta lógica en esta elección, dado que durante toda la obra se nos habla de las dificultades que tenía el cabildo de la ciudad para cumplir con su responsabilidad

frente al tema del agua y también sus relaciones a veces conflictivas con las instancias de gobierno virreinal, es decir, la Real Audiencia de Santafé. El fin del régimen colonial debió suponer algunos cambios y reacomodamientos en estos temas, que requerirían un análisis aparte y en esta medida es comprensible que el establecimiento de la república deba ser considerado como una nueva época.

La organización del texto se basa en un criterio político-administrativo, espacial y de algún modo cultural también. Es decir, el autor distingue entre las obras hidráulicas que se hicieron dentro de los límites del casco urbano de la ciudad de Santafé durante el periodo, que se denominaba “intramuros” y las obras realizadas en las afueras o arrabales de la ciudad, lo cual se llamaba “extramuros”. La distinción es importante porque toda la gestión del agua en los intramuros estaba exclusivamente a cargo del cabildo de la ciudad y debía ser financiada con impuestos locales que nutrían el “Ramo de Propios”. Y en efecto así fue como se hizo. En cambio, en el caso de los extramuros, aunque en teoría el cabildo también debía ocuparse de estas obras, siempre trató de que la Real Audiencia le ayudara con respecto a lo económico, ya que se trataba de obras que beneficiaban al virreinato en su conjunto y no solo a la ciudad de Santafé. En esa medida, el cabildo siempre alegó que sus recursos eran muy limitados y no podía encargarse por completo de estas obras, que además no eran solo de interés para los habitantes de la capital, sino de todo el territorio bajo jurisdicción de la audiencia, así que la Corona debía colaborar también.

La primera parte de la obra, dividida en varios capítulos, trata de todas las gestiones que hacía el cabildo de Santafé para garantizarle a los habitantes de la ciudad el acceso al agua, a través del emprendimiento de diversas obras hidráulicas. En los primeros tiempos de la ciudad esto no había sido necesario, ya que varias corrientes de agua natural abastecían la población y no se requirieron obras adicionales. La gente simplemente se desplazaba hasta los ríos y quebradas para obtener el líquido. Pero con el crecimiento de la población y el desarrollo de la